

ra, desean con ansia el tener hacienda; pero sin querer dar un paso para adquirirla. Esperan, acaso, que el mismo Júpiter voluntariamente liberal se la meta en su casa, haciéndola caer de las nubes, para que sin trabajo la gocen: araganes, y enemigos de todo trabajo, se entregan al ocio, y al pasatiempo; y si algo trabajan, es solamente lo que basta para pasar aquel día, ó ponen todas sus esperanzas en las rentas de sus tierras, que aun corriendo felizmente, apenas bastan para mantener su familia. Hállanse Pueblos enteros, en que no es corto el número de estos perezosos. La segunda especie es de aquellos, que despreciando la hacienda por un motivo superior, y mas noble, abrazan la pobreza voluntariamente con el fin de hallarse mas desembarazados para lograr aquellos tesoros en que los ladrones no tienen jurisdicción, y que durarán por toda la eternidad; pero despues de este generoso sacrificio, y santo propósito, se dexan llevar insensiblemente del deseo de las riquezas temporales, y no menos que los mismos seglares las buscan, y las guardan con mucha diligencia. La tercera especie de personas (y esta es la mas numerosa, y comun) se reduce á aquellos, que aun quando confiesan que sienten en su corazon un vehemente deseo, una inquietud ansiosa de tener hacienda, hacen, no obstante, todo quanto pueden para desperdiciar, y abandonar aquella que actualmente gozan. Estan muy vigilantes para que no roben su casa los ladrones, y no advierten que hay otros ladrones, á quienes ellos aman entrañablemente, que saquean sus escritorios, y barren sus graneros, llevándose aun los bienes estables, y el patrimonio que les dexaron sus mayores.

SEGUIDILLA.

Si recelas te roben,
si vas al monte,
advierte que en tu casa
andan ladrones.

Mi-

Mira el peligro,
que el ladrón, y el dinero
está en tí mismo.

¿Faltan por ventura en el mundo modos, y maneras de chupar toda la sangre á las bolsas de los pobres mortales? Antes bien demasiado abundan, unas violentas, y otras dulces, y apetecidas. Por lo que toca á las primeras, acaso no hay modo de huirlas, y mas es desgracia, que culpa el padecerlas. Mas por lo que pertenece á las segundas, hay muchos imprudentes, é incautos, que á ojos vistas se dexan despojar por estos amados ladrones, y asesinos. Tales son de hecho el luxo, la cocina, que humea demasiado, el juego, las hosterías, y tabernas, la luxuria desenfrenada, y otros muchos vicios, que son los que verdaderamente saquean las casas, llevando consigo á ellas, no solamente las miserias de la pobreza, mas tambien otras mas vituperables, y feas. Se reirian mucho si alguno gritase *ladrones, ladrones*, sin considerar que los tiene dentro de casa; pero entonces solamente lo conocen estos quando ya no hay tiempo de remediarlo. Del buen uso, y del abuso de este apetito, volveremos á hablar luego.

CAPITULO XIX.

De la batalla, y de los efectos de los apetitos humanos.

§. I.

POdríamos hablar ahora de otros muchos apetitos del hombre, porque su progenie, y extension es prodigiosamente grande, bien que todos pueden reducirse á aquel primario; esto es, á nuestro amor propio, ó al deseo de nuestra felicidad. Pero despues de haber aquí puesto por su orden los principales, dexaré á cada uno, que por sí mismo reconozca otros muchos menos generales, ó menores en la consideracion, y práctica del mundo presente, el qual, por lo que toca á los apeti-

Tom. I.

R 3

tos

tos humanos, no es distinto del que corria dos, ó tres mil años hace. Algunos, entre los apetitos, y deseos generales del hombre, cuentan tambien el de su propia perfeccion. Deberia desearse que esto fuese verdad; pero la experiencia nos enseña lo contrario cada dia. Lo que ahora nos importa advertir es, que sin sentir hemos entrado en lo interior de nuestra alma, y comenzado á descubrir las fuentes de que nacen nuestras buenas, ó malas acciones, nuestros gustos, ó disgustos; esto es, nuestros varios apetitos. Quando estos van bien regulados, nos guian, y conducen al bien, á las operaciones laudables, y á la felicidad; pero si van mal regulados, nos llevan al mal, á las operaciones perversas, y á la miseria misma. Siempre están en movimiento estos nuestros apetitos, y deseos, jamas se aquietan, antes bien por lo comun son causa de nuestras inquietudes, molestias, batallas, y grandes disgustos, principalmente quando no conseguimos lo que deseamos, indignándonos contra nosotros mismos, y contra los otros, al ver que se nos impide, que se nos detiene, ó se nos desvanece, y frustra aquel bien, ó verdadero, ó aparente de que nuestra alma se figuraba poder sacar una buena parte de alegría; esto es, alguna porcion de felicidad: de manera, que nos hallamos sujetos á dos fieros verdugos del género humano; esto es, al dolor, y á la necesidad, siendo los que ordinariamente nos atormentan, ó á lo menos los que nos roban nuestra quietud, y felicidad, aquellos mismos apetitos, y deseos, que la naturaleza nos ha dado para llegar á esta misma felicidad, que tanto apetecemos. Este es el primer efecto amargo de nuestros apetitos.

§. II.

Siguese á este otro apetito mas pernicioso, y es aquel que nos hace incurrir en acciones que desdican de la nobleza de nuestro propio ser, que desagradan á Dios, y son reprobadas de los hombres de juicio; y en vez de felices, nos hacen infelices, y miserables, no solamente

te

te en esta vida, mas tambien en la otra. Nuestra voluntad por su naturaleza es una potencia inclinada, y guiada á no querer otra cosa que lo bueno, y lo apetecible, y delicioso; pero ella por sí sola ni sabe, ni conoce que cosa sea buena, ni donde se halla el placer, y la alegría. Para conocer, y saber esto necesita de otra potencia; esto es, del entendimiento, que como lazarlillo la guie, y gobierne en este viage, y á este fin ha dado el entendimiento al hombre el Supremo Artífice para que la escolte, y acompañe en sus elecciones. Si por ventura, ó por desgracia se engañase nuestro entendimiento, creyendo que lo malo es bueno, y lo verdadero falso, nuestra voluntad, que sigue los pasos de su conductor, y errante lazarlillo, abrazará tambien lo malo, y lo falso, é incurrirá con el entendimiento en un error, el qual en las materias morales podrá causar al alma, ó un mal pequeño, y leve, ó un daño gravísimo, segun la materia, que la prive de la felicidad verdadera. Los apetitos, que son hijos de la voluntad, ó son la voluntad misma, quando la recta razon no los gobierna, esto es, quando no consultan con quietud, y reposo las luces que el entendimiento puede darles: estos apetitos, digo, de que hasta ahora hemos hablado, y otros muchos que hemos pasado en silencio, son aquellos mismos, que descaminan á nuestro entendimiento, y ponen nuestra alma en un movimiento tan descompasado, que la arrastran muchas veces á querer locamente lo que en apariencia es bueno, siendo en la realidad muy malo. Son por sí mismos laudables estos apetitos universales, de que hemos hablado hasta ahora, por ser muy conformes á nuestra naturaleza; pero nuestros defectos consisten, y nacen de la necia, y atolondrada eleccion de los particulares medios que buscamos para satisfacer, y apagar el fuego de estos apetitos. No consultamos como debiéramos hacerlo con las máximas de los sabios, y del Santo Evangelio, ó por decirlo mas claro, las despreciamos; y de consiguiente, en lugar de bienes hallamos

R 4

ma-

males, en vez de alabanzas encontramos vituperios, y por unos placeres breves, pocos, y mezquinos, compramos grandes dolores, y disgustos, y acaso los que serán eternos.

§. III.

A Demas que estos apetitos, quando no son bien regulados, pueden llevar á qualquier persona, no ya al fin adonde todos debemos caminar, esto es, á nuestra felicidad, sino es á todo lo contrario: son tambien causa de infinitos males, que perturban continuamente la República, y sociedad humana. Cada uno de nosotros tiene su parte, y su propia cantera de apetitos: cada uno á impulsos de su amor propio, busca por todas partes y en todo tiempo quanto puede hallar lícita, ó ilícitamente de hacienda, gustos, y placeres, ó corporales, ó intelectuales. Ni acaso se encontrará alguno entre los hombres que de buena gana no hiciese si pudiese el oficio de Monarca, y Rey, por no decir del mismo Dios; y querriamos que todos los demas hombres nos rindiesen obsequiosas humillaciones, tributos, y homenaje, y que cada uno contribuyese con quanto tiene con todas sus obras, y aun con sus pensamientos al complemento de nuestra satisfaccion, y propio gusto. Estos apetitos que sentimos en nosotros mismos, sienten tambien los demas hombres en sí propios. Y siendo esto así, debe seguirse necesariamente el combate de los apetitos de un hombre con los de otro hombre, deseando cada uno por sí mismo satisfacer los suyos propios, lo que no puede suceder sin una declarada oposicion, robando, ó procurando robar unos á otros los objetos de sus deseos, y gustos, hallando en esto mil tropiezos, y oposiciones, por estar ya en posesion los unos de lo que desean los otros. Solo por el elemento del ayre no hay contienda entre los hombres, porque cada uno tiene lo que desea, y quiere; pero facilmente se mueve una cruel guerra por otras muchas cosas, que no pueden ser de dos dueños á un tiempo mismo. Nosotros querriamos mandar,

dar, y el mandar agrada á los otros tambien. Querriamos poseer mucha hacienda, y el deseo de los otros es tambien el mismo. Querriamos que los demas estuviesen de acuerdo para creer, juzgar, y querer lo mismo que nosotros, y los demas tienen estos mismos deseos. Del concurso de tan diversos juicios, y apetitos contrarios unos á otros, y contrarios muchas veces, porque son semejantes; esto es, porque van al mismo fin en la eleccion de alguna cosa particular, que no puede ser de muchos á un mismo tiempo: de este concurso, decia, nacen los infinitos desórdenes, riñas, guerras, y disensiones á que están sujetos, no menos los particulares, que los Reynos, Familias, Universidades, y Príncipes, y otros muchos desórdenes de muertes, latrocinios, ó manifiestos, ú ócultos, de tantas injusticias, supercherías, fraudes, engaños, y usuras, y de toda la otra gran chusma de males, que afligen, y oprimen la pública, ó privada tranquilidad de los mortales.

§. IV.

Debemos aquí observar, que son tres los mas principales, mas prácticos, y universales apetitos, que alteran, y descomponen la República de los hombres, y al hombre en particular, y siempre los tendrán en una fiera tempestuosa conmocion. La preeminencia en estos apetitos, como ya llevo dicho, la doy al apetito de superioridad, ó sea de *mandar*, que suele llamarse *ambicion*; porque este es el viento que causa las mas graves, y terribles tempestades, que en todo tiempo ha experimentado, y experimentará todo el género humano. De aquí traen su origen los tiranos, y usurpadores de la libertad de otros: de aquí las guerras, que destruyen paises, amigos, y enemigos: de aquí tantas iniquidades para subir á los puestos, y dignidades mas altas, y para mantenerse en ellas: de aquí las disensiones de tantas comunidades, pasando en silencio otros mil desconciertos, y ruinas de particulares personas, y

casas. Mientras escribo esto, nos da una evidente, y miserable prueba toda la Europa, sin que se exceptúe la Asia, y el Africa. El segundo de los mas nocivos, y universales apetitos, es el de los placeres, y gustos del cuerpo, que abrazan con especialidad la luxuria, el comer, y el beber. Pueden nacer de aquí innumerables daños, y desórdenes en perjuicio de la sociedad humana; pero los malos efectos que ordinariamente causa este apetito, son contra personas particulares; esto es, contra solos aquellos que lo tienen radicado fuertemente en su corazon, y no saben contenerlo, ni refrenarlo. Quisiera por mí mismo ver las pruebas: si por ventura el mundo que hoy corre se halla libre, ó no de semejantes pestíferos accidentes. Finalmente, el tercero perniciosísimo, y universal apetito es el de la hacienda, el qual es como un siervo, y ministro de los dos arriba mencionados; pues ordinariamente el fin de acumular riquezas con ansia tan desordenada, no es otro que el de tener motivo para mandar á otros, y para procurar al propio cuerpo mayores, mas exquisitos, y mas durables gustos. Quántas injusticias, engaños, y desgracias broten de esta fuente, cada uno puede considerarlo, y conocerlo. Yo solamente traeré á la memoria, que los Santos Fundadores de la vida Monástica, y de otros Ordenes Religiosos pusieron la mira en destruir estos tres poderosos, y familiares apetitos del hombre, que tantos desconciertos ocasionan en los ánimos de los particulares, y de todo el mundo. Por tanto, estos santos varones, amantes de la verdadera Filosofía; levantaron fuertes reparos, y muelles seguros contra dichos apetitos, exigiendo de sus discípulos, sequaces, y profesores, los tres votos de pobreza, castidad, y obediencia. Esto fué cortar de raiz la humana concupiscencia, madre de todos los vicios. Gran Filósofo, gran sabio, y bienaventurado es aquel que puntualmente guarda tales votos; porque vencidos, esto es, bien regulados estos tres capitales apetitos, les es despues muy fácil el su-

je-

jetar, y gobernar bien la baxa familia de los otros, y llegar así al puerto de la santidad.

§. V.

Quando yo hablo aquí, y algunos otros mas que yo en descrédito de los apetitos humanos, y especialmente de los tres poco ha mencionados, conviene siempre acordarse que los apetitos universales, hasta ahora señalados, no son malos en sí mismos, pues provienen de la naturaleza; y por consiguiente puede llamarse autor de ellos el que lo es de todo lo criado. Degeneran estos en mal, y llegan á ser viciosos, ó porque dan en el exceso, ó porque no quieren sujetarse á las leyes del mismo Dios, á las de la razon, y de la humana sociedad. No es movimiento vicioso en sí mismo el que inclina al hombre á desear grandes honores, grados sublimes, y una buena situacion para mandar á otros hombres. Ni la ambicion es mala en sí misma quando se toma solamente por un deseo de puestos honoríficos, y de mandar á otros, con tal que este apetito sea discreto, y sujeto á la razon, con tal que el hombre se ingenie para subir á lo alto por medios lícitos, y principalmente por el del mérito: no solamente no es vituperable este apetito en el hombre, antes bien puede ser muy laudable. El que á veces declama con vehemencia contra esta natural inclinacion del hombre, no repara que si faltase en él esta interna inclinacion, faltaria tambien aquella noble espuela, que le hace pasar tantos trabajos para llegar á ser docto, y proporcionarse por medios honestos para tocar el fin, y término de empleos luminosos, y lucrativos; y si este apetito en el camino de la vida espiritual no se ajusta muy bien con la perfeccion, no por eso dexa de ser honesto, y útil á las Repúblicas, las que debian desear que muchos de sus individuos se empleen en el estudio de las ciencias, y suden, y trabajen en el noviciado de las fatigas, con el deseo de adquirir grandes honras,

ha-

haciéndose dignos de conseguirlas. Lo que digo de este apetito, debe entenderse igualmente del de la alabanza, y la gloria, como tambien del apetito de la hacienda, los quales no deben reprobarse en sí mismos, aunque parezca que alguno, ó algunos griten, y declamen contra ellos. Los Santos, y los sabios condenan solamente los excesos de estos apetitos, y los malos medios para satisfacerlos. A estos poderosos muelles, y naturales inclinaciones, debemos las ciencias, las bellas artes, los sabios Ministros, los diestros, y esforzados Capitanes, los industriosos mercaderes, y otras muchas gerarquías de hombres, que gobiernan, defienden, ilustran, y enriquecen las Repúblicas. ¿Por que, pues, se ha de hablar tan mal de estos apetitos, sin los quales no sabemos qué seria la sociedad de los hombres? Todo nuestro mal consiste en no refrenar apetitos semejantes, y en que el hombre se dexa transportar de ellos, de tal manera, que se olvida aun hasta del mismo Dios, y no pudiendo lograr el verlos satisfechos, y apagados, padece grandes afanes, y crueles tormentos. Mas porque de los apetitos brotan, y nacen las pasiones del hombre, que no son otra cosa que movimientos de su alma, producidos del impulso de este, y del otro apetito, por tanto pasamos á insinuar brevemente lo que queremos significar con este nombre.

CAPÍTULO XX.

De las pasiones del hombre.

§. I.

QUanto habemos dicho hasta aquí en orden á los principales apetitos del hombre, y especialmente de aquellos que le impelen á querer el bien, y á huir el mal, apetitos tan constantes, é intrínsecos á la naturaleza del hombre, que no podria subsistir sin ellos; todo esto digo, nos abre el camino para descubrir, y conocer

cer

cer el origen de nuestras pasiones, que provienen de estos mismos apetitos, materia finalmente muy importante, así para el conocimiento de nosotros mismos, como para la direccion de nuestras acciones morales. Luego que á nuestra alma se presenta, ó por medio de los sentidos, ó por el de la fantasía la imagen, ó idea de algun objeto, que el entendimiento juzga capaz de producir en nosotros algun placer, y contento, al punto se forma dentro de nosotros un movimiento por lo comun deleytable, alegre, y grato, por lo que al instante la voluntad, excitada, é impelida de alguno de sus apetitos, camina ácia aquel deleytable objeto, que le representa la potencia intelectual, como cosa deseable, y gustosa. Si por el contrario se presenta á nuestra alma por medio de la reflexión, ó de la sensacion un objeto con apariencia de mal que nos venga á acometer, ved aquí que al punto sentimos dentro de nosotros un movimiento todo contrario para evitarlo, y huirlo, armándose nuestra alma, por explicarme así, de la reflexión, y consideracion, á fin de echar fuera, y alejar este enemigo, que intenta privarla de su quietud, y reposo. Estos movimientos, entre los quales camina el ánimo del hombre, si no de continuo, á lo menos frecuentemente, los llamamos, segun la costumbre, afectos, y pasiones del hombre. Afectos, dixe, no para significar amores (en cuyo sentido se toma frecuentemente este nombre de afecto), sino para dar á entender la disposicion, y agitacion en que se halla entonces nuestra alma, ó ácia aquel objeto que se le representa, ó bien contra él, procurando huirlo, y evitarlo. Llamámoslas tambien *Pasiones*, porque el alma padece entonces; esto es, recibe algun impulso de aquel objeto que se le representa, y que la mueve, ó al placer, ó al dolor. Tambien se llamaron estos movimientos perturbaciones del ánimo, porque comunmente lo agitan, turbando, no solamente su paz, y quietud, mas tambien (y esto es peor, confundiendo muchas veces la razon, y el juicio

mis-